

Freud y la sexualidad femenina

Francisco PEREÑA

Nuestro propósito es realizar un somero análisis de la cuestión o enigma (de ambas formas suele referirse la tradición psicoanalítica al tema) de la sexualidad femenina en la obra de FREUD. Y nos limitamos a los textos que plantean concretamente, y en el seno del despliegue del complejo de Edipo, el problema.

«EL FINAL DEL COMPLEJO DE EDIPO» - «DER UNTERGANG DES ÖDIPUSKOMPLEXES».

Edición castellana: *Obras completas*; Ed. Biblioteca Nueva, tomo II.

Edición alemana: *Fischer Verlag*; *Studienausgabe*, tomo V.

FREUD se pregunta: ¿Qué provoca el final de un «fenómeno central del temprano período infantil»?

Dos hipótesis explicativas adelanta: una **ontogenética** (la inevitable experiencia del fracaso dada la «imposibilidad interna» del complejo de Edipo) y otra **filogenética**, al ser tanto su presencia como su disolución «un fenómeno determinado por la herencia» (p. 501; 245).

Ambas hipótesis, dice FREUD, «re-

sultan fácilmente conciliables». En efecto, si de una «imposibilidad interna» se trata, su razón puede ser llamada estructural, es decir, el fracaso de Edipo es fundamento de la propia constitución del Edipo. No puede ser, en consecuencia, que fenómeno tan central como nos dice FREUD, pueda ser dejado a los avatares o contingencias de la experiencia empírica. Por el contrario, dicho «fenómeno», como el fenómeno hegeliano, se constituye en relación a la ley (la ley es la verdad del fenómeno — nos dice HEGEL — siendo que la ley no tiene otro contenido que el fenómeno). Esto quiere decir que el Edipo se funda en su fracaso, o sea, el despliegue del Edipo viene a ser como el despliegue de la ley en el fenómeno (lo que HEGEL llamaría la fenomenalización de la ley, «fenomenalización» que permitirá entre otras cosas que la niña pueda desear a su padre). Si el complejo de Edipo es «fenómeno central» esto se debe a que en Edipo se desarrolla el proceso identificatorio que viene fundado en la identificación primaria con el Ur-Vater. La ley, que como ya sabemos es lo separado, lo heterónimo se fenomenaliza en el Edipo que funda por su propia heteronomía. De esta forma el Edipo necesi-

riamente se ha de definir por su «imposibilidad interna», la imposibilidad de agotarse en el objeto-madre, que si podemos decir que es objeto es precisamente porque ya está separado. Así podemos entender que la relación que establece FREUD entre la explicación filogenética y la ontogenética está plenamente justificada si sabemos interpretar tan desgraciados vocablos desde una perspectiva no empirista sino «trascendental».

Tenemos entonces una imposibilidad interna (inneren Unmöglichkeit) del Edipo. No se trata, por tanto, de una amenaza o imposición exterior que impediría la realización del deseo empírico sino de su imposibilidad interna o su fracaso interno. El fracaso (Misserfolg) del complejo de Edipo lejos de ser un accidente debido a una exterior eventualidad, es su propia condición de tal lo que establece el orden humano.

Cuando en «Moisés y el monoteísmo» FREUD nos descubre la estructura de la leyenda del héroe, está reconstituyendo el relato de cada uno, el relato de todo ser humano, de cómo se constituye todo ser humano. Así tenemos, como ya he señalado en otra ocasión, el nacimiento, la expulsión o separación que procede del padre, los trabajos del héroe que acepta esta separación y lleva a cabo una serie de actos heroicos hasta que es reconocido por el padre. Este es, decimos, el relato de todo ser humano que se funda en el fracaso del Edipo, en su «imposibilidad interna», ya que para ser debemos ser separados de nuestra madre, separación que lleva a cabo y en lo que consiste la función Padre; debemos aceptar la separación, la castración, debemos ser heterónomos y así reencontrarnos con el padre que

ya estaba al principio (Ur-vater) rigiendo la «imposibilidad interna» del Edipo.

Pues bien, precisamente la leyenda edípica es una excepción a esa «leyenda tipo» como la llama FREUD. Edipo es recogido por una pareja real, lo cual significa que no fue «realmente» separado, excluido de la madre, por lo que desconocedor de sí mismo matará a su padre y se acostará con su madre. Porque en Edipo no hay «fracaso» del complejo de Edipo repite el Acto Originario, fáustico, del asesinato del padre y el consiguiente incesto con la madre. La leyenda de Edipo Rey sirve para nominar al famoso complejo llamado «nuclear» porque siendo el relato del Acto Originario señala al mismo tiempo su «interna imposibilidad», puesto que el orden humano no es fundado «ex novo» por cada individuo que viene al mundo sino que quien viene al mundo viene regido por ese orden que lo trae al mundo (humano) y del que es hijo.

Sin embargo, cada uno ha de hacer el recorrido de ese fracaso (he aquí el «timing» de las fases) de forma que en él se reproduzca el proceso de la «leyenda tipo». Por consiguiente, el fracaso o imposibilidad interna que define el complejo de Edipo no evitará que cada cual haga frente al deseo edípico y sea capaz de abandonarlo. La eficacia del complejo de Edipo reside en su inevitable y consustancial fracaso.

En este plano de la «ontogénesis», en el que FREUD pasa a situarse ahora, el deseo edípico es abandonado por la amenaza de castración por lo que «las cargas de objeto quedan abandonadas y sustituidas por identificaciones» (p. 502; 248). Estamos en el terreno de las identificaciones secundarias, que suponen ya previamente el investi-

miento de objeto y que vienen a reforzar por así decir la identificación primaria con el Ur-Vater que establece la heteronomía (Padre es la unidad conmigo mismo fuera de mí). Estamos, pues, en el terreno de lo específicamente «ontogenético». Así continúa FREUD «...La autoridad del Padre o de los padres introyectada en el Yo constituye en él el nódulo del super-yo que... perpetúa la prohibición del incesto y garantiza así al Yo contra el retorno de las cargas de objeto libidinosas» (ídem).

En todo este texto se observa un movimiento sumamente interesante: del objeto a la identificación, del Yo al super-yo, de la sexualidad a la desexualización. El abandono de las cargas de objeto edípico es sustituido por la identificación, yo me identifico con mi padre o mi madre, me sexualizo, me identifico como sexo (Yo sexuado) a costa de una «desexualización» y de la formación del Super-Yo. Esto es lo que en el lenguaje más específicamente psicoanalítico se llama acceso a la castración: soy en el otro, me constituyo como objeto identificándome con lo que no soy, me «legalizo» en cuanto separado de la ley, sujeto entonces por definición «falto» (castrado) de objeto y también de ley, puesto que esta es necesariamente lo separado o, si se quiere, la plenitud separada. **No hay Yo sin Super-Yo;** el Yo de la identificación es al mismo tiempo Super-Yo.

Tenemos entonces que el niño abandona el objeto edípico ante la amenaza de castración para acceder a la castración, auténtica paradoja que los lacanianos expresan bien al hablar de acceso a la castración simbólica. Cuando F. DOLTO dice, por ejemplo,

que el incesto es esencialmente castrador quiere decir justamente esto: que si se realiza tal unidad con el objeto el sujeto desaparece en el objeto, sucumbiendo entonces tanto el sujeto como el objeto, la dialéctica de la objetividad y del deseo. La amenaza de castración es sentida así por el niño desde la dialéctica del deseo, deseo que ha de sostenerse en la prohibición del goce. Quiero decir con esto que si podemos hablar de amenaza de castración es porque se está dentro de la dialéctica del deseo. La paradoja es entonces que para ser como sujeto se ha de ser en el otro, se ha de sostener en la falta.

A este propósito FREUD se pregunta si se puede hablar de represión del complejo de Edipo. Si se tratase de una mera represión entonces continuaría existiendo en el inconsciente y manifestando así su acción patógena. En todo caso hay que hablar de una **represión especial**. En primer lugar porque «la mayoría de las represiones ulteriores se producen bajo la intervención del Super-Yo cuya formación se inicia precisamente aquí» (p. 503; 248). Yo pienso que esa represión especial no puede ser otra que la represión originaria, sea al menos en cuanto que la Ur-verdrängung establece el orden de la ley y del sujeto en el que se inscribe el Edipo y su «imposibilidad interna». Pero justamente porque de una «imposibilidad interna» se trata, de la escisión o separación constitutiva del sujeto, es algo que FREUD se atreve a llamar algo «más que una represión», en el sentido de represión secundaria. Se trata, nos dice, de «einer Zerstörung und Aufhebung des Komplexes», de una disolución y de una Aufhebung. El objeto edípico se disuelve como tal objeto para que así

pueda haber objeto y, en consecuencia, sujeto.

Este pequeño artículo de FREUD muestra una curiosa e importante batalla con los términos. Ya de entrada topamos con el título «Der Untergang des Ödipus Komplexes»; «Untergang» no es propiamente «final» como traduce López Ballesteros, ni tampoco «sepultamiento» como traduce Etxeverría en una costosísima edición que, por esperada, no ha dejado de ser decepcionante (es necesario decirlo a los que empiezan: esa monumental y costosísima edición de Amorrortu que mejora en muchos aspectos a la edición de Biblioteca Nueva traducida por López Ballesteros, no ha dejado de ser, sin embargo, una oportunidad perdida porque lo primero y más importante de una edición de las obras completas de FREUD no es el aparato crítico sino la propia traducción y ésta, lamentablemente, deja mucho que desear) sino que la idea de movimiento está en el propio término «Gang». «Untergang» viene a dar idea de un movimiento en falso, de un movimiento fracasado, un movimiento que, en terminología aristotélica no consigue pasar al acto; literalmente significa «naufragio». Y todo esto es el sentido que pretende dar FREUD con la elección de este término. El complejo de Edipo es un movimiento en falso, destinado de por sí al fracaso y en eso reside su valor estructurante. Por eso FREUD repite que su definitivo naufragio no puede explicarse en términos de represión, puesto que, en realidad, se trata de un naufragio, de un irse a pique por sí mismo, por su misma razón de ser. No es una represión sino la condición de posibilidad de la represión. FREUD aventura otras categorías: «einer Zerstörung und

Aufhebung»; «Zerstörung» es caer por tierra y tiene un sentido parecido a «Untergang»; «Aufhebung» es un término como se sabe de difícil traducción pero, desde luego, está claro que no es «síntesis» como suelen traducir los Manuales de Filosofía a propósito de HEGEL. DERRIDA lo ha traducido por «relevo». Tomemos un texto de HEGEL y puede valernos perfectamente la definición del proceso del signo que nos da en la Enciclopedia:

«...la intuición en tanto que es primero, de inmediato un dato (ein Gegebenes) y una espacialidad (ein Räumliches) recibe, **puesto que se la utiliza como signo**, la determinación esencial de ser solamente en tanto que "aufgehobene"...» (§ 459).

Si aceptamos traducir «Aufhebung» por «relevo» tenemos que la intuición es elevada y suprimida, o sea, relevada en el sentido de que el signo es el **relevo** de la intuición sensible y espacial siendo ésta negada, disuelta, en el signo.

En nuestro caso tendríamos que la «Zerstörung», la ruina, el fracaso del complejo de Edipo no es un mero accidente, un mero paso en falso sin consecuencias sino que fundamenta el proceso, como en la carrera de relevos; el objeto es relevado al quedar «desexualizado» («relevado» por la identificación) y la instancia paterna aparece como instancia tópica interna: el Super-Yo; relevado por el Ideal del Yo y situado en otra tópica: el Super-Yo.

Por eso parece correcto, de entrada, que FREUD insista en que no se trata de una mera represión. Si no alude aquí a la Ur-vendrägung seguramente es porque aunque se pueda de-

cir que el Grund (fundamento y razón) de la Aufhebung sea la represión originaria, ésta por sí misma no daría cuenta de la disolución del complejo de Edipo.

De todos modos, la inseguridad con que se mueve FREUD no ha sido, pienso, aún «aufgehobene». En verdad «hemos tropezado aquí con el límite nunca precisamente determinable entre lo normal y lo patológico» (p. 503; 248).

Pero nos interesa especialmente lo que FREUD nos va a decir de la niña. Sabe que en sus reflexiones anteriores ha tenido fundamentalmente en cuenta el proceso del niño pero «¿qué trayectoria seguirá el desarrollo correspondiente de la niña?».

FREUD se limita prácticamente a adelantar algunas ideas que sólo posteriormente en otros artículos, va a desarrollar.

He aquí, sucintamente, el esquema. Primero concibe la niña el clítoris como un pene que crecerá con el tiempo; después considerará que fue castrada por la madre; aceptará el hecho consumado y vendrá la compensación de la ecuación simbólica (sustitución del deseo de tener pene por el deseo de tener un niño).

Ahora bien, si la niña se ve obligada a «aceptar la castración como un hecho consumado», «desaparece también un poderoso motivo de la formación del Super-Yo...» (p. 503; 250). A diferencia del niño tendríamos que la niña se dispensa, se evita la obsesión del aval peneano, la necesidad de la garantía de su subsistencia en un Ideal del Yo que se construye sobre la amenaza y la angustia de castración.

Es cierto que, si la observación diaria no nos engaña, la mujer se atiene más a los hechos que a las normas y

se muestra menos necesitada de **legislar** y establecer principios universales abstractos. Sabe lo que pasa y lo que quiere, a diferencia del hombre. Carecería así de principios generales, su moral es la norma concreta adaptada al caso concreto. Podemos admitir que esto tiene que ver con el pene o su ausencia, pero si somos radicales con el planteamiento freudiano habría que decir que en la niña, el Edipo, lejos de ser un «fenómeno central» es, por el contrario, un fenómeno secundario, cosa que el propio FREUD va a llegar a decir más adelante.

FREUD apunta aquí una cierta falta de moral en la mujer que puede resultar en verdad sorprendente pero que, de todos modos, debe ser entendida en el sentido restrictivo de atender a los hechos y a lo particular más que a los principios generales y a la universalidad. También es cierto que la mujer por esto no haría de un comportamiento inmoral un principio moral universal lo que, con frecuencia, hace el hombre.

Pero, ¿hasta qué punto se puede afirmar que el complejo de Edipo en la mujer es una «formación secundaria» o que la formación del Super-Yo se debería en el caso de la niña a la «intimidación exterior»?

«ALGUNAS CONSECUENCIAS PSIQUICAS DE LA DIFERENCIA SEXUAL ANATOMICA» (1925). «EINIGE PSYCHISCHE FOLGEN DES ANATOMISCHEN GESCHLECHTSUNTERSCHIEDS».

Edición castellana: Alianza Ed., n.º 444.

Edición alemana: Sutidenausgabe, tomo V.

Aquí FREUD resume, en primer lugar, la situación y desarrollo del varón

en el complejo de Edipo, introduciendo un aspecto nuevo y que, sin duda, es relevante: la posición femenina, ambivalencia ante la figura paterna y secreto deseo de ser castrado (ambivalencia ante la figura paterna y ante la castración).

Pero la cuestión del complejo de Edipo en la niña es lo que reclama ahora la atención de FREUD.

Tanto en la niña como en el niño, la madre fue el «objeto original» (erste Objekt, primer objeto). ¿Cómo se produce entonces en la niña el cambio de objeto?

Para FREUD lo específico de la niña es la larga prehistoria del complejo de Edipo que hace que éste sea, «en cierta manera, una formación secundaria» (p. 71; 270). Si el complejo de Edipo es «fenómeno central» en la formación del orden humano, ¿cómo calificarlo de «formación secundaria»? FREUD sabe que debe restringir su afirmación y por eso antepone «en cierta manera» (gewissermassen), como si sólo de forma indirecta se pudiese decir que se somete la mujer al Edipo. Ya en «Tótem y Tabú» se veía que la mujer era el objeto del deseo masculino y por hombres y entre hombres se establecía la transgresión y la prohibición. La ley, como la libido, es masculina. «En cierta manera», como si la cuestión del Edipo, central en el hombre, fuese «marginal» en la mujer, pero no por ello menos eficaz, de ahí la importancia de ese vocablo antepuesto: gewissermassen, «en cierta manera» y en relación con el hombre.

La mitología y la religión siempre han titubeado sobre el estatuto de la mujer. En el mito bororo, por ejemplo, era en cuanto madre proveedora de alimento y, por lo tanto, vegetal-

fresco, pero en cuanto simple mujer era fruto podrido. En la religión germana, Freyja significaba la fecundidad pero era también la deseada por los gigantes lo cual provocaba la guerra. La vinculación mitológica de la mujer con la naturaleza, también en cuanto amenaza cultural (permítaseme la expresión por su claridad) y, particularmente, social y estatal, tiene que ver, sin duda, con ese carácter enigmático de lo femenino, sea para el hombre.

Veamos ahora esa prehistoria edípica de la niña.

Enfrentada la niña a la diferencia sexual anatómica «cae víctima de la envidia fálica» (Penisneid) (p. 72; 260). La observación de la diferencia sexual produce efectos distintos en el niño y en la niña.

En el caso del **niño** FREUD distingue dos momentos. Primero hay desinterés, «no ve nada o repudia su percepción o busca excusas para hacerla concordar con lo que esperaba ver». Parece entonces claro que no se trata de un interés ausente sino de una «renegación», «deni» (verleugnet seine Wahrnehmung). No es que no vea sino que no quiere ver, «reniega» de lo que ve. Luego, «cuando una amenaza de castración ha llegado a influir sobre él, dicha observación se le torna importante y significativa...» (p. 72; 260). Parece como si, en primer lugar, pudiese mantener el sexo femenino entre paréntesis, como si no lo percibiera, pero se trataría de un intento inútil; la presencia del padre en el deseo de la madre se impone como amenaza de castración, como separación y herida narcisista.

Este texto de FREUD sugiere la idea creo de una estrecha relación entre la castración y su «Verleugnung», intrincación típicamente masculina y que

tiene que ver con esa obsesiva necesidad de aval de la que ya hemos hablado. Difícil parece para el hombre la coexistencia entre castración y narcisismo.

Antes de pasar a hablar de la niña, dice FREUD algo curioso: ese enfrentamiento del niño con la amenaza de castración «determinará permanentemente sus relaciones con la mujer»; ni más ni menos ahora se propone darnos la clave de la posición del hombre ante la mujer: «**horror** (Abscheu) ante esa criatura mutilada, o bien el triunfante **desprecio** (Geringschätzung) de la misma» (p. 72; 261). Horror y desprecio al mismo tiempo. Horror ante lo femenino, ante la pasividad, ante la pura alteridad e insubsistencia (no olvidemos aquella vieja idea freudiana de que el inconsciente es femenino: la pura alteridad, el significante tachado por esa barra que se resiste a la significación, la materia insubsistente), horror pues necesario e inevitable, como necesario es también el «triumfante desprecio», triunfo de lo social, de la Razón, de la impostura de la ley, desprecio del legislador que territorializa lo femenino en el orden familiar.

En el caso de la **niña** «al instante adopta un juicio y hace su decisión. Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo». Así, mientras que el niño no ve nada, la niña lo ve todo de entrada, al instante, en un tris (im Nu), se ve a sí misma como la pura diferencia que rápidamente ha de negar: «Weiss das sie es nicht hat, und will es haben». «A partir de este punto —continúa FREUD— arranca el denominado complejo de masculinidad (Männlichkeitkomplex) de la mujer» (p. 72: 261).

Aquí la argumentación freudiana se hace oscura y confusa. El complejo de masculinidad tendría dos variantes: la esperanza de conseguir alguna vez un pene, «o bien puede ponerse en juego cierto proceso que quisiera designar como Verleugnung... que en el adulto significaría el comienzo de una psicosis» o sea, se empecinaría en «la convicción de que **sí** posee un pene», viéndose en consecuencia obligada a conducirse «como si fuese un hombre». FREUD no parece dejarle salida a la mujer, condenada a la masculinidad o a la Verleugnung psicótica.

Uno, conforme a la tesis freudiana del Edipo femenino como una «formación secundaria» y a la propia tesis lacaniana de la Verwerfung femenina, podía pensar que de lo que aquí se trata es de una obligada «masculinización» femenina a fin de que la mujer acceda a lo «social», a lo universal tal como proponía el Hegel de la Fenomenología. En ese estar la mujer a caballo entre la «naturaleza» y la cultura, entre lo perdido, la pura alteridad (siendo así el representante del exceso de una carencia de lo que el **falo** viene a ser su significante, mejor dicho, por ello es un significante) y la positividad social. Como veremos más adelante, esta enigmática posición femenina determina todo el paradójico lugar reservado a la mujer en la mitología y la religión.

Sin embargo, FREUD pasa sin transición a decirnos ahora que esa es una mala salida, es decir, una salida patológica, puesto que el complejo de masculinidad viene a obturar la verdadera solución femenina, solución que desembocaría en la famosa ecuación simbólica hijo por pene.

«Las consecuencias psíquicas de la envidia fálica (Penisneid) **en la medida en que ésta no llega a ser absorbida** (aufgeht) **por la formación reactiva** (Reaktionsbildung) **del complejo de masculinidad**, son muy diversas y trascendentes» (p. 73; 261) (subrayado mío).

Tenemos entonces que la envidia de pene en la medida en que no es «aufgeht» (relevada, tomada, asumida) por el complejo de masculinidad se abrirá a un proceso de transformaciones que desembocará en la ecuación simbólica. El deseo específicamente femenino se mostrará entonces en deseo de tener un hijo. La mujer habrá encontrado así el camino de lo «universal» sin necesidad de «denegar» o «forcluir» (verleugnen) su feminidad.

Veamos esto con más detenimiento. Entre las consecuencias «diversas y trascendentes» de la «envidia de pene» FREUD enumera las siguientes:

a) **Sentimiento de inferioridad.** FREUD explicita su concesión a ADLER. En todo caso se trata de esa reacción primera ante la observación de la diferencia sexual anatómica que determina el proceso de la «envidia de pene».

b) **Los celos.** FREUD no nos explica en qué consiste esta característica femenina frente a los celos masculinos de cuya importancia no es posible dudar. LACAN abrió una interesante vía de reflexión al respecto con su tesis sobre el deseo femenino: ser el falo en tanto el signo mismo de lo deseado «Formación del inconsciente», p. 113), ser el falo que no tiene y que le disputa primordialmente la otra mujer, pri-

mordialmente la madre, objeto del deseo del padre. Pero aquí nos encontramos ya en plena dialéctica edípica.

c) **Rencor contra la madre** «que la echó al mundo tan insuficientemente dotada». Este rencor va a ser capital para el cambio de objeto y, en consecuencia, el cambio de zona, constituyendo así una posición de encrucijada para la niña que tiene que ver con lo que FREUD va a llamar sorprendente dependencia de la niña en relación con su madre. Adviértase que de nuevo estamos en el Edipo, en la rivalidad edípica, sea si se quiere en su primer momento.

Sin embargo FREUD va a privilegiar otra consecuencia de la Penisneid.

d) **Rebelión contra la masturbación clitoridiana**, como consecuencia del descubrimiento de la inferioridad del clítoris, o sea, de la envidia de pene. La masturbación clitoridiana «es una actividad masculina», nos dice FREUD, cuya desaparición es «requisito ineludible para el desarrollo de la feminidad». Ahora bien, si la niña se rebela contra la masturbación clitoridiana, es en principio por causa de la propia «Penisneid», concretamente por «la ofensiva narcisística ligada a la envidia de pene» (p. 76; 264), o sea, la masturbación constata la falta. Resulta, por tanto, que la razón por la cual se renuncia a una supuesta «actividad masculina» es ella misma «masculina»: no aceptar la propia castración o inferioridad peleana. FREUD no parece consciente de esta aporía. Veremos que en otros artículos posteriores sobre la sexualidad femenina admitirá una vuelta de la masturbación clitoridiana una vez acontecido el acceso a la feminidad de forma que ya el clítoris habría dejado de ser, en una perspectiva exclusiva-

mente masculina, el mero representante del pene cortado. Es más, si aceptamos que la mujer (y ahí su posición enigmática) es «el signo mismo de lo deseado», como nos dice Lacan, si es el falo que no tiene, cabe suponer en consecuencia que su capacidad **autoerótica** es superior a la del hombre por lo que la masturbación vendría a ser más **específicamente femenina** que masculina contra lo que FREUD afirma en esta ocasión. Nunca en la mujer sucede un total cambio ni de objeto ni de zona. Podemos decir que en el psiquismo nada se olvida, todo se inscribe, no hay en consecuencia ni adecuación ni transparencia en las transformaciones o en las equivalencias. Cambiar de objeto y de zona es una empresa que se revela en el fondo imposible y seguramente en eso reside la mascarada (la propia aporía femenina) y la «u-topización» (o si se prefiere la des-territorialización, la imposible localización) del goce femenino, goce oculto, invisible y sin firma. Volveremos sobre esto.

Sólo ahora interviene, según FREUD, el **complejo de Edipo en la niña**, con el establecimiento de la «ecuación pene = niño» («symbolischen Gleichung Penis = Kind») (p. 76; 264) por lo que «renuncia a su deseo de pene poniendo en su lugar el deseo de un niño y **con este propósito** toma al padre como objeto amoroso (liebessobjekt)...». Es FREUD quien subraya: «**in dieser Absicht**». El cambio de objeto y de zona viene determinado por el deseo de tener un hijo del padre.

La «envidia del pene» resulta ser el pórtico de la entrada de la mujer en el Edipo y articula varios momentos: deseo o anhelo («souhait», que diría Lacan) de que el clítoris sea un pene, de-

seo del pene del padre, fantasía de tener un hijo del padre. Sólo con el tercer momento entraría la niña en la dialéctica edípica. Punto de partida, una decepción fálica, punto de llegada, una recuperación simbólica del falo. De esta forma la niña parece llegar al Edipo para instalarse allí. El paso siguiente, deseo de tener un hijo de un hombre, no viene explicado por FREUD, aunque será el avatar de su relación afectiva con el padre el que decida ese paso o la vuelta, como dice FREUD, al complejo de masculinidad.

El deseo de tener un hijo se convierte así en el más genuino deseo femenino, mujer dotada de potencia procreadora pasa así a dotarse de un falo en cierto modo indestructible. El padre es entonces mero instrumento («in dieser Absicht») para la procreación y la recuperación fálica. Pero ya hemos apuntado antes que en el psiquismo las ecuaciones no funcionan tan bien, tan en perfecta tautología como en matemáticas; y la mujer siempre sabrá que, en definitiva, un hijo no es un pene y que, además, para ser hijo ha de estar separado, partido (el término «parto» señala perfectamente esta idea) y separado, es decir, la ecuación simbólica sólo funciona en la dialéctica edípica que exige la separación y prohíbe la reintegración del producto. La ecuación simbólica tampoco viene, en suma, a servir y a suplir la falta de pene.

Si la castración es lo que introduce a la niña en el complejo de Edipo, por lo que éste es una «formación secundaria», ¿cuál sería la razón de su abandono? «En la niña — dice tajantemente Freud — falta todo motivo para el aniquilamiento del complejo de Edipo» (p. 78; 265), razón de la fragilidad del Super-yo femenino. Partimos de la

convicción de que esta insistencia freudiana en la debilidad del Super-yo femenino es justa y que «esta diferencia en la interrelación entre los complejos de Edipo y de castración es lo que plasma el carácter de la mujer como ente social» («Sobre la sexualidad femenina», Alianza Editorial, n.º 386, p. 125).

Pero para que la niña pueda ser madre y desear un niño ha de resolver (aufgeben) el complejo de Edipo. Para que la niña sea tal y en consecuencia sujeto ha de estar sometida heterónomamente a la ley. Por muy específica que sea la relación de la mujer con la ley no por ello escapa a la ley.

Esta relación de la mujer con la ley o lo que es lo mismo, esa específica «interrelación entre los complejos de Edipo y de castración», toca el núcleo de la cuestión y en torno a ella se puede hacer algo de luz en el enigmático narcisismo (¿de dónde nacería tanto narcisismo si sólo hay falta?) y masoquismo femeninos, narcisismo y masoquismo estrechamente interrelacionados como veremos más adelante.

«SOBRE LA SEXUALIDAD FEMENINA» (1931) «ÜBER DIE WEIBLICHE SEXUALITÄT».

Edición castellana: Alianza Ed., n.º 386.

Edición alemana: Studienausgabe, tomo V.

En esta cuestión, Freud plantea lo primero el **cambio de objeto** y el **cambio de zona**. Vuelve a centrar la clave de la sexualidad femenina en la «fase preedípica de la mujer» cuya importancia compara con «el descubri-

miento de la cultura micénico-micénica».

En esa fase preedípica lo más relevante es la estrecha vinculación de la niña con su madre lo que, entre otras cosas, podría explicar la «etiología de la histeria» (p. 121; 277), posición de radical ambivalencia ante la madre (como la neurosis obsesiva, estructura masculina, lo es ante el padre).

Pues bien, partimos de un objeto, **la madre** y de una zona, el **clítoris**, que han de ser cambiados por padre y vagina.

A esa primera fase de la sexualidad femenina la llama FREUD masculina sea al menos por el objeto y la zona.

El cambio de zona plantea ya un primer problema:

«Otra complicación se desprende del hecho de que la función del clítoris viril continúa durante la vida ulterior de la mujer en una forma muy variable que, por cierto, todavía no comprendemos satisfactoriamente» (p. 123; 278).

Ya hemos hablado de esto anteriormente. El clítoris vendría a ser, pues, investido libidinalmente, una vez superada la rebelión de tipo masculino

NOTA. — La histeria que está en el origen del psicoanálisis vuelve a aparecer ahora. Se podría decir que el psicoanálisis nunca dejó de estar vinculado a su objeto inicial: la histeria. Para el psicoanálisis, como para LÉVI-STRAUSS, la mujer está en el centro de la vida psíquica y social. Sin la mujer, decía LÉVI-STRAUSS, no hay vida social; el intercambio de mujeres es lo que permite la relación entre los hombres.

Será ahora cuando FREUD culmine su vieja intuición de la relación de la histeria (de la mujer) con la bisexualidad. La histeria, como la neurosis obsesiva en el hombre, resalta lo que podría definir la forma o la estructura deseante de la mujer.

contra la masturbación clitoridiana, rebelión que era efecto de la envidia del pene (Penisneid). Por otro lado, también es posible pensar que en la pulsión clitoridiana puede emerger el goce allí donde se instaura la falta de pene. Si el estatuto de lo femenino en el plano «social» («como ente social» según la expresión freudiana) es enigmático ya que hay como un aspecto indomeñable, ello hunde sus raíces en el proceso de transformaciones simbólicas que culmina en la ecuación pene = niño; como en todo proceso de transformación, siempre queda ese resto entrópico mortífero, esa diferencia que hace posible, por lo demás, el mantenimiento de trabajo (me estoy refiriendo al esquema del motor térmico). O sea, que el deseo femenino no se agotaría en la ecuación simbólica, que supondría un modelo maquínico que poca cabida deja a la propia existencia del deseo.

El **cambio de objeto** tampoco deja de plantear problemas. Una vez acaecida la decepción fálica a la niña le quedan tres caminos: o renuncia a la sexualidad, o se aferra a la masculinidad o cambia de objeto (p. 125; 279). Mas si tan fuerte y estrecha era la vinculación «preedípica» con la madre, ¿cómo se hace posible el cambio de objeto? FREUD nos repite, una vez más, su esquema: el descubrimiento de la castración, la decepción fálica y el consiguiente rencor contra la madre unido a su desvalorización una vez descubierta su carencia. Resulta, al menos, curioso que en esta ocasión no se aluda a la ecuación simbólica, tema que recobrará, sin embargo, su relevancia en las conferencias de 1933.

En el presente texto, FREUD parece especialmente interesado en esa fuer-

te y enigmática vinculación o dependencia libidinal de la niña respecto a su madre. ¿Cómo es esa relación? «¿Qué es en suma lo que la niña pequeña pretende de su madre?», se pregunta en el capítulo tercero. Hay una palabra que puede describir esa relación: ambivalencia, dependencia y hostilidad que perdura por encima del cambio de objeto contribuyendo a un parcial fracaso de dicho cambio. Posición ambivalente y, por tanto, pasiva y activa al mismo tiempo, actividad y pasividad siempre en torno a la madre, lo cual, según apunta FREUD, «probablemente atestigüe el carácter exclusivo de su vinculación a la madre, con descuido total del objeto paterno» (p. 133; 286). En efecto, el objeto paterno (Vaterobjekt) vendrá a ser un mero instrumento en la búsqueda peneana o en la búsqueda del hijo sustituto del pene, pero nunca se habrá conseguido una completa disolución de esa estrecha y ambivalente vinculación con la madre, «de esos impulsos orales, sádicos y, finalmente, también fálicos, dirigidos a la madre», como la masturbación clitoridiana y la propia fantasía de hacer un hijo a la madre, muestran. Creo, en consecuencia, que conviene hablar de ambivalencia originaria, entre la relación madre/hija.

Por eso no sorprende esta conclusión de FREUD:

«El desprendimiento de la madre es un paso importante en el desarrollo de la niña e implica **mucho más que un mero cambio de objeto**» (p. 135; 228).

Figura hiperbólica que funciona como una litote suspendida: «sie ist mehr als ein blosser Objektwechsel», mu-

cho más que vendría a resultar mucho menos puesto que nunca viene a acontecer un cambio completo de objeto, nunca parece resolverse esa intrincada relación de la niña con su madre. Y, si no hay un cambio completo de objeto, tampoco lo habrá de zona. Quizá por esto, FREUD afirma que la **bisexualidad** es más específicamente femenina que masculina; se puede reproducir la relación pasiva y activa con la madre que sostiene la propia relación con el padre.

Por otro lado, si la niña se orienta hacia el padre por rencor ante la madre o si el motor del cambio es la sustitución simbólica niño(hijo) por pene, parece entonces que sería un mero cambio meramente funcional.

En «Algunas consecuencias...» el esquema parecía algo más claro: el complejo de castración establece la «Penisneid» que llevará en un proceso normal a buscar el falo allí donde está, en el padre. En esa búsqueda se establece el encuentro con el objeto-padre, este encuentro abre la vía de las sustituciones simbólicas, en definitiva, establece el deseo del hijo. Para Helen DEUTSCH el deseo femenino se agota en la maternidad, hasta el punto de que orgasmo y parto adquieren una estrecha vinculación; el orgasmo sin parto, dice Helen DEUTSCH, es un «trabajo frustrado»; por el contrario, el parto es «una orgía de placer masoquista». Seguramente aquí se produce un reduccionismo chocante, algo así como colocar como único aspecto de la Diosa la fecundidad; no obstante, también parece cierto que el verdadero falo es el hijo y que, en suma, el orgasmo debe ir vinculado al parto como prueba suprema de la incorporación del objeto y su expulsión oral-vaginal. Pero tal adecuación se nos

antoja mecánica y no sólo porque pasa por alto la propia ley edípica que enuncia el no reintegrarás tu producto, obligando así a la madre a la separación de su hijo, sino que también establece una adecuación entre naturaleza y cutura, el deseo y la reproducción, que elimina toda dialéctica del sujeto y la castración y, en suma, del propio inconsciente, que pasa así a mera estructura profunda de lo aparente siendo lo aparente no el síntoma sino, en todo caso, la mera expresión directa o el mero efecto directo, transitivo, de la causa eficiente.

No obstante, vemos un poco más adelante que esta «escandalosa» tesis de H. DEUTSCH encierra más de una excelente intuición: la retención del hijo ya par(t)ido, la relación articulada entre ser el lugar del deseo y la potencia femenina, o sea, **ser** el falo y **tener** el hijo.

En esta ocasión, sin embargo, y como ya he dicho, FREUD no hace intervenir la famosa ecuación simbólica. Parecía que esta ecuación hacía las cosas fáciles e, incluso, más fáciles que para el niño. El camino de la niña iría de la falta de pene al hijo sustituto del pene. Por el contrario, el niño habría de **acceder a la posición paterna**, lo cual resulta un terrible mandato; competir con el padre, identificarse con él, pasa por la estructura obsesiva de un deseo siempre evanescente; sin saber lo que quiere, ni reconocer su deseo si se acerca lo suficiente a él (el saber siempre perdido del hombre), se ve compelido a destruir y recuperar intermitentemente al Otro, «inútil» trabajo de Sísifo, tejedor de normas que sellan una culpabilidad inencontrable pero no menos presente.

Si el hombre desea tener un hijo será de una forma distinta, como legislador, como forma de encontrarse con lo colectivo, obsesivamente se puede decir, como si del libro o del árbol se tratara, da igual. De ahí su imposible relación con el hijo; es muy difícil que un padre no compita con el hijo porque sabe que lo es principalmente de la madre.

«LA FEMINIDAD» (1933) «NEUE FOLGE DER VORLESUNGEN ZUR EINFÜHRUNG IN DIE PSYCHOANALYSE».

Edición castellana: Obras completas. Ed. Biblioteca Nueva, tomo II.

Edición alemana: Studienausgabe, tomo I.

En «Nuevas aportaciones...» (1933) FREUD dedica una conferencia a la feminidad. Como es un intento de divulgación merece la pena que nos detengamos en él.

Comienza con la conocida proclama:

«Masculino o femenino es la primera diferenciación que hacemos al enfrentarnos con otro ser humano...» (p. 932; 545), que ya hemos tenido ocasión de comentar anteriormente. Ni la Anatomía ni la Psicología nos van a desvelar el misterio.

Si «la diferenciación (Unterscheidung) no es de origen psicológico», ni tampoco de orden anatómico, ¿de qué orden entonces? Si, como vimos ya anteriormente a propósito de este mismo texto, ni el órgano ni la mera descripción del comportamiento dan cuenta de la diferencia sexual, ésta es del orden del ser, del sujeto y del

deseo. Al psicoanálisis, dice FREUD, «corresponde no tratar de describir lo que es una mujer... sino investigar cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer» (p. 933; 548). Entendemos esta «disposición bisexual infantil» en un sentido restrictivo o negativo: lo femenino no viene dado por una pre-formación de tipo instintivo o biológico, es un proyecto de ser sometido a los avatares de la dialéctica del deseo, en definitiva, a la dialéctica de la ley y del sujeto. En consecuencia, «bisexual» no debe entenderse en el sentido del mito platónico de Aristófanes sino en el de **diferir de los sexos** que constituye la sexualidad vertebrada por la castración, el ser sexuado.

¿Cómo se deviene mujer? Esa es la pregunta de FREUD. La tarea es ardua puesto que ha de cambiar de objeto y de zona. ¿Cómo se producen tales cambios? Aquí comienzan los rodeos. La razón no puede estar en una supuesta atracción de los sexos que comienzan mecánicamente a determinada edad puesto que de lo que se trata es de considerar la propia formación sexual. Por el contrario, se trata de un proceso en el que la fuerte y primitiva vinculación con la madre sólo puede disolverse (quizá nunca enteramente) por algo que sea capaz de determinar positivamente tal desvinculación. Ya sabemos que esa vinculación primitiva de la niña con su madre es considerada por FREUD un descubrimiento fundamental:

«No es posible comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de vinculación a la madre anterior al complejo de Edipo» (p. 935; 551).

Estas «relaciones libidinales de la niña con la madre son muy variadas» y «se

extienden a través de las tres fases... deseos orales, sádico-anales y fálicos» «plenamente ambivalentes, esto es, tanto de naturaleza cariñosa como hostil y agresiva». La hostilidad está, en consecuencia, de una u otra forma presente en todo el proceso de la fase preedípica, desde el principio se puede decir (ambivalencia originaria la hemos llamado anteriormente). Esto le permite a FREUD decir, a propósito del cambio de objeto que

«...no se trata de un mero cambio de objeto. El apartamiento de la madre se desarrolla bajo el signo de la hostilidad; la vinculación a la madre se resuelve en odio» (p. 936; 552).

Esta idea aparecía ya en «Sobre la sexualidad femenina»; «no se trata de un mero cambio de objeto» puesto que persiste una hostilidad que es, de alguna forma, una pervivencia del objeto. La hostilidad determina el cambio de objeto pero, al mismo tiempo, impide un definitivo cambio de objeto. Aquí hay que situar la específica **bisexualidad femenina**. Esa hostilidad, nos dice FREUD, puede «perdurar a través de toda la vida o puede ser luego cuidadosamente sobrecompensada, siendo lo más corriente que una parte sea dominada, perdurando otra» (ídem). ¿Cómo se concreta esa hostilidad?, ¿cuáles son los reproches que hace la niña a la madre? FREUD hace una descripción de los mismos en orden cronológico:

- 1) «...haberla criado poco tiempo a sus pechos», o sea, «falta de cariño», reproche que, de hecho, siempre se puede encontrar en el resentimiento histérico.

- 2) Relacionado con el destete aparece «el miedo a ser envenenada...». Aquí la madre aparece como amenaza activa o positiva, no sólo no me alimenta sino que me envenena.
- 3) Los celos ante «un nuevo bebé».
- 4) No satisfacción de los deseos sexuales lo que se concreta principalmente en la prohibición de la masturbación (otro obsesivo tema freudiano).

Pero a FREUD no se le escapa que «todos estos factores... se dan también en las relaciones del niño con la madre y no son, sin embargo, suficientes para apartarlo de ella...» (p. 937; 555).

Es necesario, pues, encontrar algo específico de la niña: el **complejo de castración**.

«...la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdonará la desventaja.»

El «descubrimiento de su castración» abre a la niña tres caminos: la inhibición sexual, el complejo de masculinidad y la «feminidad normal» (p. 938; 557). Aquí repite lo que ya vimos a propósito de «Algunas consecuencias...». En aquella ocasión FREUD era, incluso, más radical al hablar de una variante «psicótica» del complejo de masculinidad.

Pero el cambio de objeto sólo será posible una vez descubierta la castración en la madre. Ese descubrimiento permite que la anterior ambivalencia desemboque en abierta hostilidad. ¿Por qué, sin embargo, una hostilidad ante quien, de pronto, aparece como

desposeída, «desvalorizada»? FREUD dice:

«El objeto de su amor era la madre fálica (der phallischen Mutter); con el descubrimiento de que la madre está castrada se le hace posible abandonarla como objeto amoroso (Liebeobjekt)...» (p. 938; 557).

La madre fálica es la perfección del objeto, la plenitud del objeto autosuficiente en sí mismo. Descubierta «su» castración orientará su búsqueda hacia allí donde está el falo: el padre. La madre aparece como igualmente castrada, deja de sustentarse y de sustentar. He aquí el verdadero descubrimiento de lo femenino: el **descubrimiento del deseo de la madre**, de la madre como deseante.

¿Cómo se explica que la hostilidad emerja o culmine con el descubrimiento de la carencia en la madre? Descubierta la madre como deseante, la niña se liga ahora a ella de una forma peculiar: ha de competir constante y necesariamente con quien es el «lugar» del deseo para acceder a él.

En la doctrina freudiana, el descubrimiento del deseo en/de la madre determina «el viraje hacia el padre». ¿Qué es lo que busca la niña en el padre? Lo que la niña busca en el padre es el lugar de la madre. ¿Qué pinta el hijo en todo esto? FREUD es terminante al respecto:

«Pero la situación femenina se constituye luego, cuando el deseo de tener un pene es **relevado** (ersetzt = sustituido) por el de tener un niño, sustituyéndose así el niño al pene, conforme a la antigua (alter) equivalencia simbólica» (p. 939; 558).

¿Por qué el deseo femenino ha de expresarse en deseo del hijo? ¿Cuál es el misterio de esa relación, que Helen DEUTSCH puso de forma descarnada al descubierto, entre orgasmo y parto? Por de pronto, el lugar de la madre es el lugar de la potencia reproductora; pero en esto el padre no es un mero instrumento accidental sino que esa potencia va estrechamente unida al deseo: ser el lugar de lo deseado y ser el lugar del hijo. El orgasmo sin parto es un «trabajo frustrado», decía H. DEUTSCH; el trabajo femenino retiene la simiente que en ella fructifica (el «arte de la naturaleza desconoce la dialéctica del trabajo», decía PLOTINO) de forma que viene así a establecer una especie de completud o, mejor dicho, de pseudocompletud, ya que el parto supone, a su vez, una fatal partición en la madre, que, sin embargo, nunca acaba de realizarse plenamente. Se puede decir así que en el hijo culmina el «engaño» femenino: no sólo es mío sino que yo le dará tu nombre a lo que, por ello, no te pertenece. Sobre ella, la desposeída, descansa la afirmación masculina de la paternidad, el Discurso social. Si existe la **hembra**-mujer, no se puede decir lo mismo del **macho**-hombre.

Esta es la intuición que subyace en las tesis de H. DEUTSCH y que se muestra en toda la mitología de la mujer (la vinculación entre orgasmo y parto, entre deseo y reproducción, entre la diosa de la fecundidad y la diosa del deseo, entre Naturaleza y Cultura).

Esta articulación entre deseo femenino y deseo del hijo no deja de plantear dificultades, no sólo referidas al nombre del hijo cómo sujeto de la palabra, sino al propio deseo, es decir, el orgasmo sin parto, por seguir con la

expresión de H. DEUTSCH, puede significar un sometimiento al hombre, pero quizá las más de las veces no sea más que el rechazo a realizar un «trabajo» que culmina en la partición y en la separación.

Sigamos con FREUD. Tenemos, pues, a la niña ya instalada en el complejo de Edipo:

«Con la transferencia (Übertragung) del deseo niña-pene al padre entra la niña en la situación del complejo de Edipo» (p. 939, 559).

Se ve pues en qué sentido es «tardío», secundario al complejo de castración y efecto de transformaciones simbólicas:

«Para la niña la situación de Edipo es el desenlace de una larga y difícil evolución, una especie de solución provisional, una postura de descanso (Ruheposition) que la sujeto tarda en abandonar...»

Parece como si el Edipo fuese para la niña el final de un trayecto, esa «Ruheposition» en la que desembocan sus anteriores avatares. ¿Cómo va a salir de él entonces? Esta es, como se sabe, la dificultad mayor de FREUD. No encuentra la razón suficiente para explicar la disolución del complejo de Edipo en la mujer. Así FREUD no se priva de decirnos:

«La niña permanece en él indefinidamente (unbestimmt) y sólo más tarde e incompletamente (unvollkommen) lo supera (abbaut) (p. 940; 560).

«Indefinidamente» viene matizado por «incompletamente». Es una especie de transacción del propio FREUD.

Por un lado no parece posible explicar de forma satisfactoria la disolución del Edipo femenino. Por otro, sin embargo, la niña ha de someterse, para ser, a las prescripciones edípicas.

«En estas circunstancias la formación del Super-Yo tiene forzosamente que padecer.»

Pero, ¿cómo accedería la mujer a la maternidad sin identificarse con la madre deseante, deseo que si la constituye (a la hija) es porque la excluye? ¿Y cómo podría, en consecuencia, tener hijos sin comérselos, es decir, cómo podría aceptar la prohibición de reintegrar su producto si no ha resuelto el complejo de Edipo? ¿Acaso los niños se tienen solos y el hijo se agota en el mero hecho de la reproducción?

Cuando en el proceso de individuación la niña entra en el Edipo, no todo está concluido; aún ha de conseguir que esa «transferencia del deseo niño-pene al padre» pueda convertirla en madre, lo cual conlleva el mandato de la separación del hijo para que éste sea tal. El tiempo de la procreación no se limita a la fusión con el varón sino que culmina en el parto, en la partición que instaura el triángulo padre-madre-hijo o madre-padre-hijo; tiempo de maduración biológica que es condición de la objetividad del hijo puesto que no hay tiempo si no hay separación; y la mujer que no consigue instalarse así en el tiempo (de la separación), aborta; el aborto posee un doble significado, encarna un doble rechazo: el de la separación y el del deseo; ambos sabemos ya que van juntos; el rechazo de la separación se transforma en hostilidad y se resuelve en aborto. Si FREUD nos habla de una «Ruheposition» de la niña en el Edipo, es porque entonces no es un final;

hay una especie de descanso como quien metido en una cueva ve una luz que le indica la salida y decide entonces tomarse un descanso antes de emprender el esfuerzo final de dar a (la) luz; la niña «descansa» de tan conflictiva relación con la madre pero aún le queda el último tramo: hacerse madre.

Pero el enigma persiste puesto que no conseguimos explicar cómo llega la niña a la posición de madre; porque, en efecto, llega, pero según parece de una forma bastante curiosa: pare a su hijo aunque lo marcará con la huella del regreso, mientras que, por otro lado, nunca acaba de resolver la ambivalencia de su originaria relación con su propia madre; no hay, en suma, un definitivo cambio de objeto.

En el texto que ahora comentamos, el enigma de la mujer termina situándose en una doble vertiente: en cuanto al **Edipo** (lo supera y no lo supera) y en cuanto a la **bisexualidad**, puesto que si no termina de haber un definitivo cambio de objeto ni de zona, la bisexualidad viene a formar parte importante de la propia sexualidad femenina, razón por lo demás por la que puede ser significante del deseo.

«Parte de aquello que los hombres llamamos “el enigma de la mujer” se deriva, quizá, de esa manifestación de la bisexualidad en la vida femenina» (p. 941; 561).

Enigma en el que FREUD incluye esa amalgama de narcisismo, masoquismo y maternidad. Si digo amalgama es porque forma en verdad un intrincado nudo difícil de descifrar. ¿De dónde viene tanto narcisismo (ein höheres Mass von Narzissismus) si de tanta carencia se trata? ¿Cómo vincular el

narcisismo con el masoquismo? ¿Qué misterio guarda la maternidad, qué temores suscita esa potencia femenina que por definición no puede resolverse en potencia social?

Si ella se exhibe como pura alteridad, significante del deseo, pura mascarada que «sabe» que se desea por nada (cfr. el excelente análisis de FREUD acerca de un caso de homosexualidad femenina), el hombre no dejará de sentirse inquieto, títere de un juego en el que el propio masoquismo (masoquismo narcisista habría que decir) es el más radical mentís a su oficio de dominador.

El enigma de la mujer es para el hombre, insistió FREUD; lástima que se mostrase, sin embargo, demasiado cartesiano en esto, porque si de enigma se trata no lo es tanto para el cogito sino para el sujeto del deseo que se nombra masculino, enigma que tiene entonces que ver con aquella vieja intuición freudiana de que «el elemento esencial de lo reprimido sea siempre la femineidad» («Los orígenes del psicoanálisis». Manuscrito M), enigma, primera y principalmente, para el hombre puesto que aquí se apunta una idea que vamos a desarrollar más adelante inscrita también en el «Das Unheimliche» freudiano, a saber, que lo femenino trabaja en uno de sus aspectos al menos contra la impostura social siendo el resto entrópico de lo que escapa a tantas transformaciones simbólicas, la pasividad si se quiere en la que se empantana el pacto social. HEGEL, junto con FREUD, nos servirá también en esta ocasión de testigo clarividente.

Cuenta JONES que en cierta ocasión FREUD dijo a Marie BONAPARTE: «La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he si-

do capaz de contestar a pesar de unos treinta años de investigación del alma femenina es ésta: *Was will das Weib?* (¿qué es lo que quiere o desea la mujer?») (cfr. Ernst JONES, Ed. Barral II, p. 258).

El hombre se pregunta «*was will das Weib?*»). El enigma de la feminidad lo es primera y principalmente para el hombre, para el hombre y, por tanto, del hombre. El hombre se pregunta por sí mismo, por su propio desgarramiento. Una pregunta que no es nada más ni nada menos que una pregunta de imposible respuesta ya que está dirigida hacia lo imposible o, por decirlo de una forma más llana, hacia donde no están los propios datos ni los propios presupuestos. ¿Qué soy yo más allá del Orden o del Imperio del Sentido? ¿Quién soy yo que debo hacerme cargo de una ley y un orden separados de mí y a los que paradójicamente me ata esa pregunta de la que no puedo prescindir si de hombre presumo? Pregunta, pues, connatural al resultado de ser hombre.

Si la pregunta por lo femenino tiene algo de inquietante es porque se detiene al borde del «horror vacui», es una pregunta por la diferencia que jamás alcanzará su concepto.

Para Tertuliano el demonio no tiene realidad propia, su realidad es no-ser frente al Ser por antonomasia. Pero de ahí nace precisamente su carácter maléfico e inquietante. Todas las cosas cobran así la dimensión del vértigo que da como resultado la Tentación, la dimensión de no-ser que las hace equivaler al deseo. No anda, pues, descaminado FREUD cuando nos habla de la posición del hombre ante la mujer: **horror**, o sea, vértigo, y **desprecio**, o sea, defensa del sentido.

Todos los poetas, decía BLAKE, pertenecen al partido del demonio; también la mujer (¿no nos recomienda FREUD que preguntemos a los poetas por el enigma femenino?). La tradición cristiana llamaba al demonio el «eterno Exiliado». El enigma femenino es igualmente el signo de nuestro exilio, exilio de la Naturaleza y del Sentido al mismo tiempo; «signo indescifrado», nos definía el poeta HÖLDERLIN.

Si el hombre está destinado (por qué y por quién) a ser padre, se verá así impelido a asumir una función que es de separación, por lo que, en consecuencia, sólo le quedará permanecer como hijo si quiere conservar la vida. Ninguna teoría servirá, en definitiva, para salvarle, ni en lo universal ni en lo particular, puesto que lo universal le es ajeno y lo particular carece, por definición, de sentido. Somos particulares, pero si somos hemos de poder predicarnos de lo universal. Lo particular nunca es, por ello, enteramente recuperable por lo universal; lo particular es el momento de no-ser de lo universal. La pregunta por la mujer es una pregunta por lo particular, por el no ser (la Mujer no existe, escandalizaba de nuevo LACAN) y por la muerte; pregunta correlato del «horror vacui». Horror y fascinación, horror al vacío, a lo particular y fascinación por el vértigo, por el objeto inalcanzable; «objeto» y sostén de la obra artística ni el más mediocre funcionario puede escapar a su fascinación, tenga tal objeto figura de liga o de protuberancia carnal.

¿Cómo pensar un dios creador sin privación?, se preguntaban los primeros teólogos; ¿cómo se ha de sostener la naturaleza y el movimiento sobre la pura esencia sin categorías, sobre la

Inmovilidad? Dios **no es**, había proclamado PROCLUSO, puesto que no está sujeto a predicación alguna, ni siquiera a la de la esencia. Esta búsqueda, siempre problemática, entre la Perfección y la Carencia, de una Perfección indiferente e indeterminada, nos suscita de nuevo el problema femenino: lo singular no como una diferencia específica sino como la Diferencia que hace por principio imposible la Unidad. Y este es el valor (póngasele todas las reservas que se quieran) de esa vieja intuición freudiana acerca de la «realidad» femenina del inconsciente.

O surprise fatale!

La femme au corps divin, promettant le bonheur.

Par la haut se termine en monstre bicéphale.

(Ch. Baudelaire)

SOBRE EL MASOQUISMO FEMENINO, a propósito de «El problema económico del masoquismo» (1924).

DAS ÖKONOMISCHE PROBLEM DES MASOCHISMUS.

Alianza Ed., n.º 62.

Studienausgabe, III.

El enigma del masoquismo consiste, como se sabe, en que el dolor y el displacer no son meros medios para conseguir el placer, sino que son en sí mismos el placer, o sea, placer en el displacer placer, interrelación entre la pulsión de muerte y Eros.

El masoquismo, dice FREUD, se ofrece a nuestra observación en tres formas distintas (in drei Gestalten entgegen) (p. 214; 345): erógeno, femenino y moral. Por tanto, un mismo masoquismo en tres formas distintas. Si el primero es «la base de las dos

formas restantes», es sencillamente por la razón de que es la forma general del masoquismo: die Schwerkertlust, placer en el dolor. A él le atribuye FREUD «causas biológicas y constitucionales» (er ist biologisch und Konstitutionelle zu begründen). En realidad FREUD no habla de causas sino de fundamento (Grund), fundamento del vivir, fundamento constitucional que coloca al dolor en el seno del placer; el vivir estaría pues enraizado en el sufrimiento (la experiencia del dolor como primera experiencia vital) y el placer como diferencia tensional incluiría el dolor, pero no sólo diferencia «tensional» sino diferencia placer/satisfacción, como acaba de apuntar en «El Yo y el Ello», diferencia que se sostiene como límite y en cuanto tal inaugura el placer. Por tanto, diferencia «tensional» que es en sí misma placentera, límite (diferencia placer/satisfacción) pulsional que sostiene el placer que si consiguiese el grado cero o placer absoluto se anularía, plena realización del «principio de Nirvana» o sea, la muerte. Hay que suponer, pues, un componente masoquista en todo placer (masoquismo erógeno), una necesaria relación fundamental entre Tántos y Eros. Dicho masoquismo erógeno es, al mismo tiempo, «moral» en el sentido de la culpabilidad tal como señala FREUD, es decir, no hay placer que no sea, en definitiva, culpable puesto que todo placer emerge en la dialéctica del deseo y conlleva una transgresión digamos «constitucional» que forma parte ínsita del placer, que así puede ser entendido como «diferencia constitucional».

Pero aquí nos interesa el «masoquismo femenino» al que FREUD califica alegremente de «fácilmente asequible». Dicho masoquismo «reposa por

completo (ruhtganz) en el masoquismo primario erógeno» (p. 216; 346). No se trata, por tanto, de un masoquismo secundario, de la perversión masoquista o del retorno del sadismo sobre sí mismo, sino del masoquismo primario erógeno. ¿Por qué calificarlo ahora de femenino? Para responder a esto «habremos de llevar mucho más allá nuestras reflexiones», dice FREUD; en definitiva a la **pulsión de muerte** (1). Una parte de esa pulsión, la que no se convierte en **Destruktionstrieb** «pervive en el organismo y queda fijada allí libidinalmente (libidinös) con ayuda de la coexcitación (Mitterregung) sexual...» (p. 217; 347). La Destruktionstrieb forma parte de Eros, es directamente la pulsión de muerte al servicio de Eros, como «Bemächtigungstrieb» o «Wille Zur Macht»; o sea, dirigida hacia el exterior como pulsión de posesión o de poder lo que ciertamente no elimina el aspecto destructor (todo poder es destructivo), pero sobre él se sostiene el orden social de Eros. Pero el otro aspecto de la pulsión de muerte, lo que no se agota en Destruktionstrieb, es el «masoquismo erógeno primitivo» (Ursprünglichen erogenen Masochismus). Es también Tánatos al servicio de Eros

(1) No debemos perder esta perspectiva que establece una estrecha relación entre el orden edípico y el orden pulsional. Porque si la pulsión viene a significar la propia e interna problematidad del organismo humano, del cuerpo humano, erógeno al mismo tiempo que biológico, bueno es recordar que esa problematidad delimita el orden humano que no es otro que el orden edípico. La anatomía es el destino, insistía FREUD, mas si necesario es hablar de destino es porque somos concebidos según el Espíritu, imposibilidad pues de coincidir con nuestro cuerpo y con nuestra conciencia; he aquí un destino fustoso porque hace imposible el destino teológico.

pero bajo una forma directamente erógena, placentera, sin componente sádico.

Veamos. Si hablamos de pulsión de muerte hablamos de «tendencia», como el propio FREUD ha matizado anteriormente («el principio de nirvana expresa la **tendencia de la pulsión de muerte**: die Tendenz des Todestrieb») (p. 213; 344). Al concepto de tendencia corresponde su no realización, en suma, no se puede hablar de pulsión de muerte en estado puro pues entonces ya no sería propiamente pulsión sino muerte o pulsión coincidente consigo misma, puro silencio.

«No esperaremos, pues, encontrar pulsiones de muerte o pulsiones de vida puras sino distintas combinaciones de las mismas» (p. 217; 348).

Por ello y/o sin embargo:

«Aunque no con toda exactitud puede decirse que la pulsión de muerte que actúa en el organismo —el sadismo primitivo— es idéntica al masoquismo» (ídem).

En efecto, las pulsiones de vida y de muerte aparecen necesariamente en relación: **lucha** pues pulsional que define a sus componentes los cuales se constituyen en esas Vermengungen. Pero hay un resto o residuo (Residuum) de la pulsión de muerte que sólo por «coexcitación sexual» se une a Eros. Por eso, ese resto que constituye el masoquismo primario, permite establecer una cierta identidad entre pulsión de muerte y masoquismo. Siguiendo el modelo termodinámico tendríamos que las transformaciones de la pulsión de muerte exigidas por su interrelación con Eros, o sea, pura

y simplemente por la vida y por el principio de placer que regula la energía psíquica, siempre dejan un resto entrópico que posee la característica de vincularse a Eros como pura pasividad, como un placer desgajado del poder, o sea, algo así como si la pulsión de muerte fuese investida de libido.

De esta forma se consigue un compromiso entre el principio de Nirvana y el principio de placer, mediante el cual la pulsión de muerte puede mostrarse o, como dice Piera AULAGNER, se deja prender en el señuelo del objeto y del placer, haciéndose así presente en el fantasma (el fantasma es donde se prende el deseo y donde el sujeto se parapeta frente o contra su propia anulación).

En este sentido se podía entender el masoquismo primario como masoquismo femenino, fundamento de un orden psíquico y social al mismo tiempo y como tal «exterior» a lo fundado. Colocamos así la Particularidad y la Excepción en el fundamento. Lo que se nos da en el fantasma como unidad sostiene, en su Diferencia, el deseo. Alejandro de Afrodísia decía que el género no se divide en diferencias sino mediante diferencias.

Madre es, por definición, lo prohibido, pero también lo deseado; sostiene el Nombre-del-Padre pero éste no la agota. La madre disiente precisamente por donde deja de ser nombre y por ende donde puede aparecer como fusión posible.

En el texto que trabajamos en el capítulo anterior FREUD había dicho que «sólo la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada; es en general la más acabada y libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas», y que «el matrimonio mismo no

queda garantizado hasta que la mujer ha conseguido hacer de su marido su hijo y actuar con él como madre» (p. 941; 561). Una relación de amor libre de ambivalencia parece de por sí una contradicción en los términos. ¿Cómo eliminar tal ambivalencia? ¿Cómo reducir, en suma, la hostilidad si no es por medio del masoquismo? Sabido es que ésta ha sido la tesis de los más prominentes psicoanalistas. El masoquismo salva no sólo la relación madre-hijo sino también la de marido-esposa, la de la propia pareja conyugal.

No sería descabellado concluir que si en nuestras formaciones sociales sólo el masoquismo femenino es el garante principal de la familia, el propio Estado, en definitiva, se sostiene sobre lo que le es ajeno: ese masoquismo.

Sigamos con el texto de FREUD. Ha prometido hablarnos de masoquismo femenino y ahora parece apartarse de ello con el trámite de que «reposa por completo en el masoquismo primario erógeno», reposa en él pero, según parece no se agota en él. El despliegue del masoquismo erógeno en las tres fases que nos propone FREUD parece situar lo femenino, el masoquismo femenino, en la tercera fase, en la fase fálica que «introduce en el contenido de las fantasías masoquistas la castración». (Aquí es necesario seguir la versión alemana ya que la española es completamente confusa y, por lo que se entiende, errónea) (p. 218; 348).

Alguna relación habría entre masoquismo femenino y castración: el «kastrationlust» que FREUD analizó a propósito del pintor HAITZMAN. El pintor se rebela «contra la actitud femenina con respecto al padre», se rebela contra la castración que esconde el

deseo de castración, el placer de la castración (Kastrationlust) (cfr. «Una neurosis demoníaca...», Alianza Ed., n.º 359, p. 75).

A propósito del masoquismo moral nos dice FREUD:

«Sabemos... que el deseo de ser maltratado por el padre tan frecuente en las fantasías, se halla muy próximo al de entrar en una relación sexual pasiva, femenina, con él... Aplicando esta explicación al contenido del masoquismo moral se nos revelará su sentido oculto» (p. 223; 353).

El «sentido oculto» del masoquismo moral se encuentra, pues, en esa posición sexual pasiva, **femenina**, ante el padre. ¿Qué ha sucedido? Que «el masoquismo moral sexualiza de nuevo (Wieder) la moral, reanima el complejo de Edipo y provoca una regresión desde la moral al complejo de Edipo». Hay un sometimiento a la ley que es erógeno y en ese sentido subvierte la propia ley, el deseo se erige en el corazón de lo que lo niega y lo constituye, en suma, de lo que lo **de-limita**. Amo a quien me sojuzga, lo que es una forma paradójica de minar el poder del mandato. Piénsese, por ejemplo, en las quejas frecuentes de los padres: le pego y como si tal cosa, le pego y parece que le gusta, etc. Es decir, erotiza el sometimiento haciéndolo ineficaz, como diría LACAN «lo que ha servido para negar el amor sirve para significarlo» («Formaciones del inconsciente», p. 96).

El masoquismo moral o femenino es una «resexualización» de la moral o sea, la erotización de la ley. Hay dos formas de transgredir la ley: mediante la acción abierta contra ella, que suele llevar el propósito de sustituirla, y me-

dante la plena sumisión a la misma hasta el punto de que la ley ya no se muestra como tal en la resistencia sino como espacio o significación del goce. Si lo femenino es una máscara lo inquietante procede de que por su contagio el orden se convierte en un simulacro. Mentira originaria (πῶτονφεῦδος) se hace así inapresable; es la idea rilkeana de la unidad que forman la perfección y la carencia, figura teológica del diablo, según la cual el demonio es el simulador, por antonomasia, que toma la forma de la lujuria, la codicia, etc. en objetos concretos; él es el que no es, por contraposición a Dios; el no-ser que es, por tanto, inaprehensible y que, por ello mismo, está por todas las partes y en todas las cosas con las que se reviste su no-ser.

Hay un parecido aspecto demoníaco de lo femenino que ya hemos apuntado. ¿No se representaba a veces al demonio con cabeza animal, pezuña de cabra y pechos desnudos de mujer? Justine sometida a todas las vejaciones triunfa sobre el alma masculina. La pureza de Justine se muestra inmacillable porque no se resiste y, en consecuencia, no sucumbe, haciéndose así irreductible a la razón e inalcanzable para el afán masculino.

Ella se exhibe y se somete, exhibe su falta arropándose en el ser de lo que carece: el falo. Exhibe su sometimiento. Sólo ella puede decir abiertamente: «He basado mi causa sobre nada», porque sólo ella encarna la leyenda de la unidad Perfección-Carencia y su narcisismo hunde sus raíces en el masoquismo, «auf dem primären crugenen Masochismus».

Madrid, octubre 1980.